

# Cuentiembre – Dídac Marín

Dídac Marín

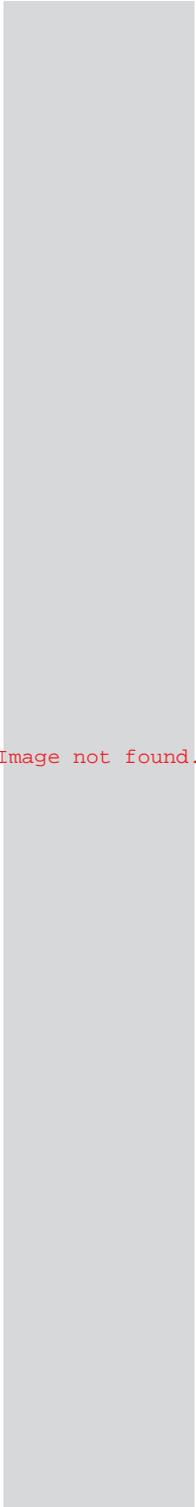


Image not found.

# Capítulo 1

## **Al tercer día**

El ganador del concurso de relatos más prestigioso del país se suicidó al día siguiente de conocer el premio. Juan García, un total desconocido en el mundo literario, murió exactamente igual que el protagonista del cuento vencedor.

Tres días después Luisa Fernández recibió un sobre. Leyó su contenido y lo guardó. Cada lunes, durante casi un año, llegaron más sobres sin remite que leía y guardaba. En el último, además del correspondiente cuento, encontró las indicaciones precisas para presentarse al concurso de relatos más prestigioso del país. Luisa eligió la número siete de entre todas las narraciones recibidas. Le comunicaron que era la vencedora del más prestigioso de los concursos de relatos del país el último viernes de enero. A la mañana siguiente Luisa se dirigió a la estación y desapareció para siempre, de idéntica forma que la protagonista del séptimo cuento.

Tres días después, recibí un sobre.

## Capítulo 2

### **Vecinos**

Han compartido el mismo portal media vida. Pedro, jubilado de forma anticipada cuando la fábrica fue vendida. Juan, con la baja definitiva después de que las arritmias acabaran en un susto a corazón abierto. Manuel, obligado a retirarse antes de tiempo para cuidar de Mercedes, su mujer.

Son menos cuarto y Carlos, ganador de un gran premio de la lotería, aún no ha llegado para echar la partida de los jueves, como cada semana desde hace diez años. Todavía no saben que no bajará. Nunca más.

## Capítulo 3

### Pies sucios



La sirena de la fábrica señala el final de la jornada y el regreso de los trabajadores a casa. Nada más oírla Pol deja sus muñecos de trapo y corre, con los pies descalzos, a la ventana desde la que espera cada día la llegada de su padre.

Antonio entra en casa y lo coge en brazos con todo el cariño del mundo para llenarlo de besos. Mientras madre mira desde la cocina y desea que todo fuese como antes, cuando su hijo trepaba entre las piernas de su padre hasta rodearlo por el cuello y él lo cogía por los tobillos y lo volvía del revés hasta hacerlo reír, hasta no poder ser más felices, hasta el día

que se le cayó y ya fue imposible que Pol aprendiese a ponerse los zapatos.

## Capítulo 4

### Olor a olvido

Image not found.

Al abrir el contenedor, se dio cuenta de que estaba empezando a olvidar el nombre de las cosas. Cerradura, cerradura... se repetía mentalmente mientras sacaba del bolsillo derecho una pequeña libreta y un lápiz para anotar la fecha y escribir: «Mecanismo que controla el cierre con una llave: cerradura». Debajo añadió: «Aparato para iluminar en la oscuridad: linterna». Guardó las herramientas de la memoria y cogió una linterna de la mochila. La encendió y entró en el contenedor. El hedor no le permitió avanzar. Rompió a llorar mientras embolsaban los cadáveres y, como la última vez, del bolsillo izquierdo extrajo el diccionario del que borraba las palabras que ya no necesitaba recordar.

# Capítulo 5

Gritos



La puerta se abrió de forma automática. Entré diez minutos antes de la hora concertada. Nadie más esperaba y nadie me recibió. Me entretuve con el móvil hasta que se agotó la batería. Saqué el cargador de la mochila y al buscar un lugar donde cargarlo me di cuenta de que no se oía nada. En aquella sala de espera el hilo musical no existía. No sonaba

ningún teléfono detrás de ninguna puerta. Ni tacones, ni llaves, ni interruptores, ni cafeteras, ni grifos, ni inodoros, ni lágrimas, ni brindis, ni espejos rotos. Todo era silencio. Dentro y fuera. El ascensor no se movía. Las escaleras eran un desierto. Los pasillos estaban inhabitados. En los suelos superiores nadie arrastraba los muebles. En los techos inferiores nadie perseguía fantasmas. En la calle los conductores habían dejado de hacer sonar el claxon. El viento no soplaba.

Miré el reloj. Faltaban cinco minutos para mi hora. Conecté el cargador del móvil a un enchufe que había al lado de una salida de aire acondicionado y, por primera vez, oí su voz.

Era como la voz que me envolvía durante los días de aquella niñez en que madre esperaba con la radio puesta. Separé la rejilla y la cogí con mis manos como agua para beber. La guardé en la mochila y me fui sin esperar mi turno. Hicimos todo el camino en silencio. Al llegar a casa le pregunté su nombre. Pude comprobar que estaba afónica. La dejé al lado de la chimenea y preparé un caldo para los dos. Mientras cenábamos me explicó que trabajaba como lectora de cuentos de palabras impares en la biblioteca del barrio; que no tenía ni idea de como había llegado al lugar donde la encontré; que no era consciente de ser el único sonido que yo era capaz de captar y que hay días que nos empeñamos en que la vida sea perfecta. Al acabar, retiré los platos, la arropé y la dejé dormir a la espera de un mañana mejor. Antes de dormirme abrí la ventana de mi habitación de par el par dispuesto a escuchar el silencio de la noche.

A la mañana siguiente me despertaron sus gritos.